



***JOVELLANOS  
Y LA GUERRA  
DE LA  
INDEPENDENCIA***

**Director: Manuel Fernández Álvarez**



# **El patriota**

**(Conferencia III)**

La persecución de Jovellanos había sido presentida por el gran patricio pues hacía unos días que habían dejado de acudir a su tertulia la mayoría de los que se llamaban sus amigos; lo que comenta en su *Diario* con ánimo estoico:

*“Me han dejado los concurrentes a mi casa, algunos del todo... acaso volverán. Nada me importa.”*

Pero sí que le importaba porque, a fuerza de buen ilustrado, la tertulia de su casa era media vida para él. Su casona, pues, sin la tertulia, triste y sombría. Algo que le desvela, que le pone como el tiempo invernal. Tristón y sombrío:

*“Poco sueño. Nubes. Frío.”*

De ese modo tan lacónico expresa su estado de ánimo. A poco, la prisión, cuando empezaba el nuevo siglo, en el mes de enero de 1801. Es entonces cuando ocurre uno de los sucesos más notables, no ya de la vida de Jovellanos, sino de aquella sociedad y no sé si decir de la historia social. Pues se produce el más extraño fenómeno, que podríamos considerar como la antítesis del *Síndrome de Estocolmo*. Esto es, que aquel Regente de la Real Audiencia de Oviedo, Lausaca, convertido en carcelero de Jovellanos y que tiene la orden de llevarlo bien custodiado hasta Barcelona, donde había de embarcar para su encierro definitivo en el castillo de Bellver de la isla de Mallorca, de pronto se revela como un gran admirador del patricio asturiano. Y como se daba el caso de que las órdenes que tenía eran que no dejase solo a Jovellanos, que debía vigilarle en todo momento para que no se viese con nadie y que a nadie escribiese, siempre frente a frente el carcelero y el prisionero, tanto de día como de noche, eso obligaba a Lausaca a dormir en la misma cámara de Jovellanos.

Ahora bien, en aquel largo recorrido en el que tuvieron que atravesar España de oeste a este, franqueando no pocas tierras y pasando por no pocas ciudades que Jovellanos nunca había visto, en Navarra como en Aragón y en Cataluña, eso traía consigo un gran contratiempo para Jovellanos. ¿Era posible que tal ocurriera sin que nada anotara? ¡Qué suplicio para él!

Pero no habría tal. Pues entonces sucedió lo verdaderamente notable: que el Regente Lausaca, el que se suponía que había de actuar como implacable carcelero, se le ofrece a Jovellanos para hacer el papel de Secretario.

¿Nos imaginamos la escena? Al acabar cada jornada, ya reunidos ambos en la soledad de la cámara de su nuevo alojamiento, hay un

personaje que se pasea por la habitación mientras comenta en voz alta lo más destacado y lo más notable de lo que habían visto en aquella parte del viaje; mientras que el otro, atento desde el escritorio, apunta arrobado todo lo que va escuchando.

El que dicta imperioso, es el prisionero: Jovellanos. El que escribe sumiso, es el carcelero: Lausaca. Y esto no es ninguna invención, ninguna suposición de las relaciones entre ambos. Esto lo sabemos por el propio Lausaca que al llegar con su egregio prisionero a Barcelona, anota conmovido esta frase:

*“Cumple justamente el mes de nuestra unión y raya el día de separarnos.”*

Y termina con estas emocionadas palabras:

*“La hora de nuestra separación se acerca. ¿Qué hado siniestro la ordena? Pero mi compañero, seguro de su inocencia, se entrega en los brazos de la Providencia Divina, y ambos concluimos este Diario que en tan largo y molesto viaje nos ha ofreciendo su honesto e inocente entretenimiento.”*

Pero Lausaca quiere poner un punto de esperanza. Y así, añade:

*“¡Dénos el cielo algún día el placer de repasarle juntos con la misma buena unión que lo escribimos!”*

¿No es justo, pues, que hablemos ahora del síndrome de Gijón? Esto es, del nunca visto fenómeno por el cual el carcelero es el que se enamora de su prisionero y se le entrega entusiasmado.

## **EL PATRIOTA**

Durante siete años –siete mortales años-, en esos principios del nuevo siglo XIX, Jovellanos padece prisión en el castillo de Bellver sin que medie proceso alguno. Nadie en la Corte se atreve a impetrar por él, pues a todos resulta manifiesta la aversión que la Reina siente contra el patricio asturiano. Hubo alguien que intentó hacer algo, y ese fue Lord Holland, quien incluso tanteó la liberación de Jovellanos mediante una audaz intervención de la marina inglesa, aprovechando su amistad con el gran Almirante Lord Nelson; pero Jovellanos se negó a recibir la libertad de manos de los que habían sido enemigos de su patria.

Y mientras tanto los años se sucedían en momentos decisivos para la historia de España. Pues el desastroso gobierno de Carlos IV y de María Luisa, mal secundados por Godoy, es incapaz de frenar la ambición de Napoleón. De modo que las más humillantes escenas se suceden entre los Reyes y su valido con la primera espada de Francia. Hasta que en marzo de 1808, cuando están a punto de cumplirse los siete años de la

prisión de Jovellanos, el pueblo se amotina en Aranjuez y acaba con el poder de Godoy, aclamando como nuevo Rey al Príncipe heredero, esperando que él salvase al país. Es verdad que el tal Príncipe – Fernando VII- tampoco es gran cosa y que pronto se une a ese concierto de humillaciones ante el poderoso Napoleón.

Pero, al menos, una de sus primeras medidas sería la de liberar a Jovellanos. Y de ese modo Jovellanos puede regresar a la Península y desembarcar en Barcelona cuando le llegan las noticias de las trágicas jornadas del 2 y del 3 de mayo con un pueblo de Madrid luchando furiosa y desesperadamente con las tropas francesas. Y al saber cómo había sido sofocado brutalmente aquel alzamiento popular, Jovellanos anota entristecido en su Diario:

*“Todo está ya perdido sin remedio.”*

Pero no sería así, como es notorio. Lo que ocurre es que todos van a acosarle para que se incorpore a su bando. Y los primeros, los afrancesados y el mismo Napoleón para que se una al séquito del nuevo rey José I Bonaparte.

Pero ese no es el ánimo de Jovellanos, que también recibe la llamada de la Junta Provincial de Asturias, que ya se había declarado en guerra contra Napoleón. Y Jovellanos decide tomar ese camino que parecía el más difícil y el más arriesgado pero que era el que convenía a sus condiciones de gran patriota.

Y así, a su amigo Cabarrús, que le instaba para que se incorporarse al equipo de españoles afrancesados que militaban en la Corte del Rey extranjero, Jovellanos le contesta, defendiendo la postura de los patriotas alzados en armas:

*“España no lidia por los Borbones; lidia por sus propios derechos originales, sagrados, imprescriptibles, superiores e independientes de toda familia o dinastía.”*

¿Por qué combatía entonces España? A juicio de Jovellanos:

*“España lidia por su religión, por su constitución, por sus leyes, sus costumbres, sus usos; en una palabra: por su libertad.”*

Cierto que para entonces los Reyes, tantos los padres como el hijo, habían claudicado ante Napoleón, en las vergonzosas y humillantes jornadas de Bayona y los afrancesados esgrimen ese argumento. Y es cuando Jovellanos formula su juicio decisivo a Cabarrús:

*“España juró reconocer a Fernando de Borbón; España le reconoce y reconocerá por su Rey mientras respire; pero si la fuerza le detiene o si le priva del Príncipe, ¿no sabrá buscar otro que la gobierne?”*

Y aun añade en su carta a Cabarrús:

*“Y cuando tema que la ambición o la flaqueza de un Rey la exponga a males tamaños como los que ahora sufre, ¿no sabrá vivir sin Rey y gobernarse por sí misma?”*

¡Asombroso! ¿No apunta aquí el republicanismo en la carta de Jovellanos? Sin duda es la reacción natural de un patriota que se ve tan defraudado por el miserable comportamiento de sus Reyes.

Y de ese modo Jovellanos acepta el ofrecimiento que la Junta Provincial de Asturias le había hecho para que la representara en la Junta Central, alistándose así en las filas de aquellos que combatían –y no sólo, con las armas en la mano- por la independencia nacional, pese a sus notorios achaques y a su salud tan estropeada a causa de los siete años pasados en prisión cuando ya había franqueado los sesenta años.

Eso podría llamarnos la atención: ¿tan viejo era si solo tenía sesenta y cuatro años? Pues bien, sí, porque otros eran los tiempos, y en aquellos de principios del siglo XIX franquear los sesenta era entrar ya en la vejez; aparte de que, como él mismo se lamentaba, no eran sólo los años los que habían minado su salud, sino también las privaciones y los sufrimientos padecidos en su larga prisión en el castillo de Bellver.

En todo caso, la libertad no anima demasiado a Jovellanos porque está envuelta con las tristes nuevas de la invasión francesa. Cuando Jovellanos pone sus pies en Barcelona, en la primavera de 1808, ya tiene noticias de los dramáticos sucesos del 2 de Mayo madrileño. Acude, alarmado, a la tertulia el general Ezpeleta, Capitán General de Cataluña, donde pudo ver, con desagrado, que allí se hallaba también el General Duhesme, que precisamente mandaba la guarnición francesa, y que campaba allí con todo su Estado mayor, como si fuera terreno conquistado.

Algo que deprime a Jovellanos y que le hace comentar en su *Diario*:

*“Todo está ya perdido sin remedio.”*

Y con ese estado de ánimo Jovellanos deja Barcelona, atraviesa Cataluña y llega hasta Zaragoza, donde encuentra al pueblo alborotado; todo eran lamentos sobre la triste suerte de la patria invadida por las tropas napoleónicas. El General Palafox, que sería el alma de la heroica resistencia de la plaza, quiere retenerle a su lado, para ayudarse con sus consejos; tal era la fama que acompañaba a Jovellanos. Pero él se encuentra tan abatido que necesita el refugio de una casa amiga como era la que poseía su entrañable y viejo amigo Arias Saavedra en Jadraque.

Pero no eran días fáciles para encontrar un sitio seguro donde vivir en paz. No ha pasado un día y ya le buscan en Jadraque los correos de la Corte donde manda imperioso el General Murat, el duro represor del alzamiento madrileño. Y en ese correo Murat le llama a Madrid. Quiere contar con él, lo que provoca en Jovellanos una excitación nerviosa que queda bien reflejada en su *Diario*:

*“La fatiga de espíritu, la mucha conversación y lágrimas del día encendieron extraordinariamente mi cabeza y aumentaron mucho la tos, forzándome a tomar la cama donde cené y me recogí, temiendo una mala noche.”*

Jovellanos busca un refugio en la casa amiga pero no lo puede encontrar. Por todas partes le llegan peticiones desde lo más alto de uno y otro bando, para que se incorpore a sus filas. Todos quieren contar con él. Algunos de sus amigos afrancesados, como Mazarredo, le piden que se incorpore a la Corte de José Bonaparte en Madrid. El mismo Napoleón le presiona, a través de otro afrancesado, Azanza, pero en este caso para que vaya a Asturias donde debía apaciguar a sus compatriotas, de los que se sabía que ya se habían alzado en armas contra el invasor francés; misión que Napoleón confiaba a Jovellanos:

*“...suponiendo que ninguna persona tiene mayor influjo en sus ánimos...”*

Jovellanos puede poner la disculpa, de momento, de que su salud está tan quebrantada que nada podría hacer hasta que no se recuperase. Y es cuando Azanza le informa que tanto Napoleón como José Bonaparte hacían votos porque se recuperase, para que pronto pudiera incorporarse al grupo de los afrancesados, para colaborar “en la gran obra.”

¿De qué gran obra se trataba? Era la disculpa de aquel grupo de ilustrados españoles que se habían pasado al servicio de Napoleón. Dado que enfrentarse con aquel rayo de la guerra parecía, a no pocos, un tremendo disparate, había que conseguir, al menos, que con su apoyo se pudiera modernizar de una vez por todas a España; no olvidemos que sólo hacía tres años que Napoleón había logrado la increíble victoria de Austerlitz, doblegando a la formidable coalición formada por los emperadores de Austria y de Rusia, y que el propio Zar Alejandro había firmado hacía unos meses la Paz de Tilsit con Francia; esto es, que nadie parecía poder oponerse a la espada de Napoleón en el continente; sólo Inglaterra, aislada por el mar y defendida por su flota, podía hacerlo. Pero España, con sus Reyes descabalgados por su infamante claudicación en Bayona y con gran parte de su territorio ya ocupado por las tropas francesas, ¿qué podía hacer?

Se comprenden las dudas y la desesperanza de Jovellanos que, de momento, se excusa con José Bonaparte. Pero al fin se decide, una vez por todas, por la causa de los patriotas.

Y de ese modo, desde mediados de septiembre de 1808 hasta febrero de 1810, Jovellanos se incorporaría a la Junta Central que intentaba organizar aquella desesperada defensa de España frente a Napoleón: La derrota de Ocaña de 1809, obligó a la Junta Central a refugiarse en Andalucía y hasta allí la siguió Jovellanos.

Podemos hacernos idea de qué cúmulo de sentimientos le aboriarían al volver a Sevilla, al recordar aquellos años de su juventud, años felices y venturosos si no fuera que un amor desafortunado turbó el ánimo del entonces joven Magistrado.

Los triunfos de Napoleón por aquellas fechas hacían prever que todo estaba perdido, pero Jovellanos insiste en que su deber era seguir al lado de la España que no quería rendirse. Entonces es cuando escribe a su amigo Mazarredo, que le instaba a dejarlo todo para aceptar las ofertas de José Bonaparte:

*“La causa de mí país, como la de otras provincias, puede ser temeraria; pero es a lo menos honrada, y nunca puede estar bien a un hombre que ha sufrido tanto por conservar su opinión, arriesgarla tan abiertamente cuando se va acercando el término de su vida.”*

Y así Jovellanos se mantiene en su puesto en la Junta Central hasta que esta traspasa sus poderes a la Regencia, establecida a principios de 1810.

Los años pesan, los achaques le combaten y el ánimo se resiente. Es cuando Jovellanos pide licencia para dejar su alta tarea política y para regresar a su amado Gijón, donde tiene noticias que ya había sido abandonada por los franceses.

Se trataba de buscar el refugio familiar para morir en paz. Pero tampoco lo conseguiría Jovellanos. Tendría que esperar todavía unos meses en Galicia antes de pasar a Asturias. Y cuando al fin llega a Gijón se encuentra con que su casona y todo lo que allí tenía había sido arrasado por el invasor. Y como todavía la suerte de España era incierta, tiene este lamento ante su amigo Lord Holland que le había ofrecido el refugio de su casa londinense:

*“Todo, pues, pereció para mí. Ya no tengo ni bienes, ni libros, ni hogar y ni siquiera tengo patria...”*

Pero aun así no quiere aceptar la oferta de su joven amigo inglés. Y así prefiere buscar su refugio natal. Sabe que la hora de su muerte está cercana y eso influye sobre su ánimo.

De ese modo, el 6 de agosto de 1811 Jovellanos regresaba a Gijón donde es recibido por sus antiguos amigos de una forma tal que conmueven su ánimo. ¿Ha encontrado, pues el lugar apacible, el refugio familiar, el Gijón de su juventud y de sus años más briosos para morir tranquilo?

En absoluto. Pues de nuevo la desdicha se ceba con Jovellanos. Cuando se podía esperar que los franceses, ya de retirada, no volverían a pisar la tierra asturiana, ocurre que de pronto llegan correos urgentes: el enemigo, pese a que ha terminado el verano, pese a que ya se está en pleno mes de noviembre, había vuelto a lanzar una ofensiva sobre Asturias, amenazando entrar en Gijón.

¿Cómo era posible? ¿Es que acabará Jovellanos sus últimos días como prisionero del invasor? Eso no podía ser de ninguna manera. Y de ese modo, precipitadamente, Jovellanos organiza su fuga pensando en volver a Galicia y se embarca con mar dudosa en un barquichuelo, entregándose así a lo que el destino quiera hacer de su vida.

Atrás quedaba el peligro de caer en manos francesas. Y de frente tenía un viaje temerario con mar borrascosa. El resultado sería el naufragio y el salvarse a duras penas llegando a un pequeño puerto de la costa asturiana: Puerto de Vega.

Y allí cayó enfermo de muerte Jovellanos. Ninguna medicina parece remediarle. Una violenta fiebre le acomete, le hace delirar. El médico que le asiste le oye desvariar:

*“La Francia...”*

La Francia poderosa que parecía invencible. Y además, cuando España iba un poco a la deriva. Y sigue el delirio de Jovellanos:

*“Nación sin cabeza...”*

Y el último gemido, el desgarrado lamento de aquel patriota:

*“¡Desdichado de mí!”*

Así murió el 29 de noviembre de 1811 aquel gran patricio asturiano con la amarga impresión de que no era posible abatir la prepotencia de Francia, con la Nación sin cabeza.

Desdichado Jovellanos y desdichada España. ¡Ay, muerte desatenta!

Yo he estado en Puerto de Vega. He estado en el pequeño pueblecito asturiano donde murió el gran patriota. Podéis creerme: yo he penetrado en su habitación casi de puntillas.

La habitación donde murió: un cuarto situado en la planta baja, con un balcón que da a un pequeño jardín; siempre pensé que ver aquel poco de verde aliviaría la pena de Jovellanos; aunque por otra parte, ¿cabría algún alivio en aquella mente tan angustiada por las desgracias de su patria? Ese “*¡Desdichado de mí!*” parece que penetra a través de los años y que sigue hiriendo nuestros oídos.

No cabe duda: Jovellanos tuvo un final desolador. Bien podría decirse de él, pese a los triunfos que logró en la vida, aquella sentencia de los antiguos: que de nadie puede afirmarse que ha sido feliz hasta que no ha llegado al término de su existencia.

Porque, además, Jovellanos no fue nunca un triunfador. No quiso serlo a través de los fáciles halagos cortesanos, en una corte corrompida, y tampoco por medio de una rebelión abierta y desatada.

Pero luchó denodadamente por mejorar la suerte de su pueblo, de su patria chica y de su patria grande. Fue toda su vida un político honesto que creyó que el fomento de la cultura podía hacer más tolerantes a los hombres, más virtuosos, más felices. Y, en la medida de sus fuerzas, luchó también por esa causa sagrada: la de la libertad.

Lo diré buscando las palabras más sencillas: Jovellanos representa lo mejor que quiso ser nuestro siglo XVIII.

Y ese espíritu no puede morir. ¿No es cierto que lo sentimos muy cerca de nosotros? ¿No es cierto que aun tiene mucho que decirnos aquel patriota insigne, aquel político honesto que prefiere el destierro y la prisión antes que estar sometido a los caprichos de una Reina arbitraria y despótica?

Y en definitiva, ¿no lo sentimos como un hombre de nuestro tiempo cuando nos da la suprema lección que debe dar todo político honrado de que su cargo, cuando está en el poder, le obliga a entregarse al servicio de su patria y no a beneficiarse en provecho propio?

Y una última reflexión: la vida de Jovellanos acabó siendo una pura desventura. Pero nos dejó un legado precioso: el que siempre debemos luchar por la libertad y que siempre hemos de aspirar a un juego limpio y honesto aunque nos cueste la vida.